

## Interpretando el envejecimiento

Por Liliana N. Ferreyra de Fischer

**Liliana N. Ferreyra de Fischer.** Licenciada en Trabajo Social. Docente de la Cátedra de Intervención Complementaria de la Carrera de Trabajo Social de la UBA. Coordinadora de Grupos de Tercera Edad en distintos centros de Capital Federal. Becaria del Post Grado de Gerontología de la Escuela de Salud Pública dependiente de la Facultad de Medicina de la UBA, Argentina

Todo lo que vive envejece, el envejecimiento es un proceso gradual de todos los seres vivos, el paso del tiempo en el organismo es un proceso universal de deterioro.

Este deterioro puede considerarse de distintos modos. Por ejemplo se puede constatar que el sentido de la visión registra ya una pérdida si lo comparamos entre un niño de 6 años y un hombre de 25.

Todas las formas orgánicas pasan por distintas fases evolutivas que en general son el nacimiento, desarrollo y muerte. A medida que se envejece se incapacita para la vida activa debido a tres aspectos principales:

1. Progresivo deterioro de las fuerzas corporales producido por el proceso normal de envejecimiento fuera de toda relación con procesos patológicos.
2. Acentuación de los efectos de las enfermedades crónicas que ya eran importantes en los períodos anteriores de la edad adulta.
3. Problemas psicológicos y sociales dentro de las relaciones familiares y económicas asociados con la senectud.

Cada etapa de la vida requiere de nosotros desde un punto de vista psicológico de una adaptación a una realidad nueva. Adaptación que se da como proceso de aprendizaje, donde el cambio de nuestra consideración consciente no se da cualitativamente hasta que no nos encontramos viviendo cada etapa como un hecho consumado, siendo deseable que el cambio de etapa sea dado en forma consciente o por lo menos con alguna preparación. Desde el punto de vista psicológico lo sabio sería ir pasando de una etapa a otra en forma consciente y paulatina, encontrando en cada una de ellas su propio encanto, nuevos valores y objetivos.

La adquisición de un comportamiento nuevo depende de la disposición fisiológica, de la capacidad psicológica que posea el individuo y de las condiciones sociales en que éste se mueva, para aprender que los cambios ocurren como resultado de la combinación del proceso natural de envejecimiento dentro de las relaciones sociales en que vive. Estas últimas, debido a como se constituye nuestra sociedad, pesan como si fueran fenómenos naturales objetivos, aunque sean producto de la acción de los hombres.

El paso del tiempo va desgastando nuestras fuerzas vitales inexorablemente pero este desgaste está fuertemente condicionado por el lugar que ocupe el individuo en las relaciones de producción y el estado de desarrollo que tenga la sociedad en la que vive.

Aunque parece una perogrullada decir que todos envejecemos, generalmente se considera al viejo, no como una etapa de un proceso, que si tenemos suerte completaremos todos, sino como poseedor de una realidad fija: el ser viejo. El carácter de cosa que adquieren las relaciones humanas hacen aparecer al viejo como algo dado y presentan el deterioro de las funciones vitales como invalidez y no como un proceso inevitable y natural que podamos responder con estrategias de adaptación.

Las condiciones de superexplotación que sufrimos en los países semicoloniales, que se han exacerbado en los últimos años, tienen un efecto acelerador del envejecimiento entre los sectores populares. Este proceso se da a través del aumento de la jornada de trabajo, la disminución de los bienes y servicios distribuidos a los trabajadores y pequeños propietarios, el empeoramiento de las condiciones ecológicas y la disminución de los recursos destinados a la atención de la salud.

La destrucción de los proyectos de vida y el aumento de la tensión (Stress), cuya causa final es el enriquecimiento de unos pocos, atentan contra la sobrevivencia y la calidad de esta última. De este modo la capacidad para enfrentar el deterioro fisiológico disminuye, aumentando el riesgo de patologías, que de otro modo no se presentarían, determinando diversas enfermedades en piel, sentidos, sistema respiratorio, entre otros.

El envejecimiento del organismo plantea no sólo problemas médicos específicos, sino también psicológicos y sociales que afectan al individuo tanto en la familia como en la comunidad.

Cuando consideramos el envejecimiento de las personas desde el punto de vista social nos encontramos con que muchas de las características del envejecer, que a primera vista nos parecen universales, están en relación con la situación social en la que viven las personas.

En Argentina y otros países atrasados los gerontólogos consideran viejos a aquellos que han pasado los 60 años. En cambio en los países desarrollados el límite de la vejez es superior a los 65 años. Pero esta división se muestra como falsa. Porque dentro de la misma sociedad existen niveles de desarrollo diferentes e incluso contradictorios.

En cuanto a los diferentes niveles de desarrollo también podemos decir que por ejemplo un obrero portuario de Calcuta en la India es un viejo a los 25 años, o que un minero puede morir mucho antes de llegar a lo que nosotros consideramos viejos. Para no irnos tan lejos, le podemos encargar al lector un ejercicio de investigación que consiste en observar cuántos conductores de colectivos se jubilan en esa profesión o cuántos pueden ser vistos manejando que sean mayores de 50 años. Por ejemplo un chofer de una de las líneas que atraviesan Buenos Aires nos decía que la cuarta parte de sus compañeros en actividad "gozan" de licencia psiquiátrica.

La mayor parte de la población de los países pobres tiene atados sus destinos a la relación de explotación en la que viven; produciendo bienes para otros, convirtiendo en ajeno el tiempo que les toca vivir. Enajenando sus horas, minutos y segundos de vida en la producción de objetos que finalmente se añaden al tiempo vital de sus explotadores. Se produce y reproduce la trama de las relaciones sociales que no les pertenecen y que viven como si fueran fenómenos de la naturaleza tales como la lluvia y el viento.

A medida que las fuerzas naturales del cuerpo del trabajador se extinguen por el uso, como ocurre con cualquier otra cosa que se desgasta, como las materias primas por ejemplo, el trabajador co-

mienza a ser excluido. Si el tipo de sociedad en la que vive ya ha logrado un sistema de previsión social, se lo excluye del todo de la producción y se le entrega una parte del producto que los trabajadores en actividad crean y que se descuenta de sus salarios: la jubilación.

La cantidad de medios de vida que se le entregan dependen de varios factores entre los que se hallan el grado de desarrollo de la fuerza productiva del trabajo, el nivel salarial que la sociedad haya logrado y el nivel de cohesión de la clase obrera. Estos tres últimos aspectos dependen a su vez de la relación de fuerza que el desarrollo de la lucha de clases entre los trabajadores y los empresarios haya producido en el decurso de la historia de ese país.

Es notable observar cómo frente al hecho inevitable de nuestro propio envejecimiento una niebla de negación de esto mismo parece protegernos de la visión de lo que nos sucederá si tenemos la suerte de llegar a una edad avanzada. Una serie de mitos y prejuicios sirven para que lo evidente se vuelva invisible ante nuestros ojos. De este modo lo mismo que encubre y nos defiende de la imagen de la miseria real es al mismo tiempo lo que nos impide construir las herramientas de cohesión y solidaridad necesarias para enfrentar la lucha contra la explotación.

La forma de dirigirse a los adultos mayores con determinadas palabras desnudas formas míticas y prejuicios que aseguran ideológicamente el funcionamiento de la opresión descalificándolos. Ante los medios de difusión, los trabajadores excluidos por su edad son tratados de clase pasiva, o con el mítico término de "abuelos". Pero ningún periodista se dirigiría a un hombre de más de 60 años con el apelativo de "abuelo" si éste fuese por ejemplo el presidente de la nación o algún capitán de la industria.

Los mitos y prejuicios sirven para poder disociar las etapas de la vida del trabajador y permiten también separar el movimiento social y político unificado que haría invencibles a los trabajadores, jóvenes y a los ya jubilados en sus reclamos. Estos mitos y prejuicios permiten una mejor y mayor dominación y opresión.

Más aún, una sociedad disociada que vive en la desesperación de no poder resolver sus necesidades básicas aumenta sus negaciones como formas de defensa ante su desunión.

Una de las preguntas a formularse respecto del modo de inserción del Trabajador Social en la problemática gerontológica es, ¿cuál es el papel que debemos jugar frente a las estrategias que los mismos adultos mayores se proponen a practicar en su lucha cotidiana frente a la opresión?

Desde la práctica profesional tenemos que tener claro que ya sea desde la planificación y coordinación de grupos de tercera edad, hasta la atención hospitalaria tanto como en la actividad de asistencia en los establecimientos geriátricos no se puede escapar el punto central que es tratar de captar y escuchar lo que los propios adultos mayores expresan. Tratar de dar cauce a las propias iniciativas de ellos mismos buscando conjuntamente las soluciones que surgen de sí mismos.